

TIERRA PARA ECHAR RAÍCES

Sara Topelson

Leer este libro¹ es reencontrarnos con la historia, y con nuestra historia. Leerlo y verlo, porque las imágenes que contiene son fundamentales para redondear el propósito de sus autores y la recepción de sus lectores. El libro va incluso más allá de los alcances que declara en el título y el índice, pues si bien concentra su atención en los cementerios judíos en México –cinco en la capital y cuatro en provincia–, nos hace asomarnos a muchos otros situados en muy variadas latitudes, como Lituania, Polonia, Praga, Budapest, Salónica, Nairobi o Vileika, en Bielorrusia. Un testimonio en tierra de la diáspora judía y un reconocimiento a México como destino de tantos inmigrantes.

Hablar de los cementerios en general es hablar de la vida y de la muerte –dualidad esencial en el mundo prehispánico–, del no retorno o de la vida eterna, de la “ciudad de los muertos” o de la “casa de la vida” –en la cosmovisión judía–, conceptos todos ellos inherentes a la condición humana que se rescatan en este libro. Necrópolis, cementerio... conviene recordar que esta palabra proviene del griego y significa *lugar donde duermen los muertos*. “Descansen en paz aquellos que aquí duermen el sueño eterno”, es una sentencia que preside muchos de estos sitios.

V. Gordon Childe, en *Los orígenes de la civilización*, después de contarnos la manera en que las primeras culturas de la humanidad se ocupaban del tema, ligado todavía a las creencias mágico-religiosas, explica que fue en la época de la revolución urbana cuando los cementerios cobraron importancia, resultado del desarrollo económico de los pueblos, el incremento demográfico y la estratificación social. De las aldeas sepulcrales, las cuevas y las tumbas excavadas en el terreno, se pasó a los cementerios con tumbas monumentales reservadas a los personajes más importantes de la sociedad. El llamado “cementerio real” de Ur, en Mesopotamia, de donde era originario Abraham, contiene más de 700 entierros, número muy superior a los hallados en cualquier cementerio prehistórico.



Diez años de la publicación de este libro

¹ Paloma Cung Sulkin, Claudia Nierman (fotografía), *Tierra para echar raíces. Cementerios judíos en México*, CONACULTA, INAH, Asociación Yad Vashem de México, México, 2009.



En el antiguo Egipto, donde se concebía la muerte como un cambio de estado del individuo, las creencias y prácticas funerarias vienen a ser un elemento fundamental de su cultura. Este pueblo desarrolló un mundo simbólico y conceptual en torno a la idea del más allá y de la resurrección, plasmado en textos (como el libro de los muertos), monumentos (tumbas, pirámides, hipogeos, templos funerarios), manifestaciones artísticas (pintura, escultura, relieves) y objetos varios (ofrendas, equipamiento funerario). El Valle de los Reyes, donde se encuentran las tumbas de los faraones del Imperio Nuevo, es uno de los más célebres cementerios de la historia del hombre, declarado Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO en 1979. Un tesoro para los arqueólogos, como Childe. Y para los arquitectos, que tenemos en los monumentos funerarios de la antigüedad uno de los más interesantes frutos de nuestra profesión, de Keops a Teotihuacan.

Para el pueblo judío, un entierro digno no sólo ha sido siempre de gran importancia, tiene también un alto contenido simbólico. En la antigüedad se solía enterrar a los muertos en cuevas. En el Génesis se cuenta que Abraham compró la cueva de Majpela, cerca de Hebrón, para enterrar a su esposa Sara, primera heredad del pueblo judío, cuya imagen podemos apreciar en el libro que nos ocupa. Todos los reyes de Judá fueron enterrados en

cuevas, costumbre que dio origen a las catacumbas en Roma, que albergaron los restos de los primeros cristianos. Esta práctica evolucionaría con el tiempo y el lugar, forjando con ello una tradición que llega hasta nuestros días, así como un cierto sincretismo.

El libro *Tierra para echar raíces. Los cementerios judíos en México* recoge las experiencias en nuestro país y rinde merecido homenaje a sus promotores y ejecutores, dirigentes todos ellos de la comunidad judía, ashkenazita o sefardita. Como bien se dice en la Introducción, “trata más sobre los sentimientos que se inscriben en el hecho histórico que sobre los datos de los hechos históricos en sí. Más sobre la memoria judía que sobre la historia judía, como dice Yerushalmi. Es tratar de entender la visión del mundo que nos transmite el modo de enterrar a nuestros muertos, el concepto de vida y de muerte para los judíos, expresado en los ritos fúnebres y en los ritos de duelo...”

El corazón es la memoria. Recordar es volver a pasar por el corazón. Esto cobra mayor importancia cuando hablamos del “no retorno, del “no hay vuelta a casa”, situación que el libro ilustra con algunas fotografías de emigrantes posando junto a las tumbas de padres o abuelos, que dejarán atrás para siempre al partir. “Al despedirse, en la cara de los jóvenes se dibuja la fantasía que prefigura una nueva vida en otros continentes”. *Y escogerás la vida*, título del capítulo I, se enfoca en las costumbres y tradiciones judías de duelo, respeto al muerto, velatorio, funeral, respeto al deudo, purificación...

Es interesante el contrapunto subyacente en la narración, que lo mismo nos muestra experiencias remotas que se adentra en los detalles de cada uno de los cementerios judíos mexicanos, sean de la capital o del interior de la república. Por ejemplo, una de las imágenes del libro que mueven a la reflexión y la melancolía es la del *honaci*, judío religioso al que se le remuneraba por leer rezos para los visitantes del cementerio de Salónica, generalmente mujeres que no sabían rezar, o por ayudar a localizar la tumba de algún familiar o rabino milagroso. Es conmovedor enterarnos que este cementerio judío, destruido por los nazis en la Segunda Guerra Mundial, llegó a tener una superficie de 324.000 m² y más de 300,000 sepulturas, lo que lo convirtió en el mayor del mundo sefardí.

Emociona encontrarnos en otras imágenes con el antiguo cementerio judío de Praga, una de las ciudades más hermosas de Europa, con sus iglesias barrocas, sus calles empedradas y sus cervecerías. Cruzando el río Moldava por el puente Carlos, con la música de Smetana en los oídos, se llega al antiguo barrio judío de Josefov y al cementerio, en el que fueron sepultadas treinta mil personas entre 1439 y 1787. Quita el aliento la cantidad de lápidas desgastadas y ennegrecidas, arrumbadas entre la

hierba, inclinadas y apiladas unas sobre otras, como peleando su lugar en el recuerdo, sombreadas por las frondas de los árboles, costumbre de la que proviene el nombre cristiano de los cementerios judíos: *hortus judaeorum* (jardín de los judíos).

El Capítulo II se refiere a cómo en todas las culturas, la muerte ha motivado la creación de espacios arquitectónicos para llevar a cabo los ritos luctuosos. La creencia en la vida después de la muerte se expresa no solamente en el entierro mismo, sino en una amplia variedad de ceremonias y rituales, a las que los cementerios deben dar respuesta. Y eso, en buena medida, compete a los arquitectos, a los constructores, pero también a los artistas plásticos –escultores y pintores–, que dejarán su huella indeleble en los monumentos erigidos, una selección de los cuales nos muestra en sus páginas el libro. En realidad, son múltiples las expresiones artísticas que responden al abanico de ideas sobre la muerte.

En el caso de México, surge de inmediato el tema de la calavera en el arte popular, originado en las creencias de las culturas mesoamericanas de que los hombres, al morir, empezaban a vivir de nuevo, como si despertaran de un sueño. El cuerpo era tan sólo la manifestación del espíritu, y al morir era equipado para su viaje al Mictlán, según su jerarquía social, con joyas, armas y objetos personales, a fin de que pudiera vivir en las mismas condiciones. Para el antropólogo Paul Westheim, “es como si se tratara de un simple cambio de domicilio”. Es por ello que la calavera mexicana tiene una connotación diferente a la cristiana europea, en la que la muerte se asocia al juicio final y a la posible condena al infierno. En el México prehispánico, la calavera era en cambio el símbolo de la vida, una alusión a la inmortalidad, presente todavía en los ritos funerarios de los sectores populares y las comunidades indígenas del país. Elaborar figuras para honrarla, confeccionadas con materiales como barro, obsidiana, cristal de roca, marfil y piedra, era común. La actual celebración del Día de Muertos, el 2 de noviembre, con sus ofrendas, altares, flores de cempazuchil, calaveritas de azúcar y millones de mexicanos visitando a sus difuntos en los panteones, es resultado de la mezcla de dos culturas: la indígena y la española. Un sincretismo. Y una festividad que trasciende las fronteras al haber sido declarada por la UNESCO Patrimonio de la Humanidad.

Es interesante observar en el libro los elementos arquitectónicos característicos de un cementerio judío, como son las puertas de entrada, el espacio dedicado a la *tahará*, la capilla para el servicio funerario, la *guenizá* o almacén y el lavamanos a la salida. Actualmente, se han integrado monumentos en memoria de los seis millones de judíos asesinados en el Holocausto, como el donado por Neftalí Frankel, sobreviviente de Auschwitz, que

encontramos en el Cementerio Cipreses Bet El Beth Israel de la ciudad de México, de conmovedora y bella factura. Pero quizás lo más importante a destacar es la *matzevá* o lápida, que según la Biblia se remonta a la que colocó Jacob sobre la tumba de Raquel. Esta piedra, fundamental en la tradición judía, conocida también como *tziyun*, es una señal que muestra el sitio de la tumba a los familiares y amigos y nos recuerda el compromiso de no olvidar a nuestros seres queridos, que a su vez velarán por nosotros. Es tal vez el carácter social y colectivo de los ritos funerarios judíos lo que ha asegurado que, de los diversos rituales de la tradición, conservados casi intactos a través de los siglos, sea el de la muerte el más ampliamente observado. No importa el alejamiento del judaísmo en vida: en la muerte todos quieren un entierro entre los suyos. Es el significado de la *uniún*.

Los cementerios judíos en México, tanto de la capital como de provincia –aquí incluimos el de San Diego, en el que participa la comunidad de Tijuana–, son fuente de información de primera mano y admiten múltiples lecturas, desde la etnográfica y arquitectónica hasta la iconográfica y lingüística. En las tumbas podemos encontrar epitafios en ladino, yidish, hebreo, ruso, polaco, lituano, húngaro, árabe, inglés, francés, español; símbolos como la estrella de David, la escuadra y el compás, la hoz y el martillo; y fotografías de los difuntos, con algunas piedras al pie y quizás una flor. La variedad ritual está representada según su procedencia. El origen de estos se remonta a 1912, cuando Francisco I. Madero es elegido presidente al término de la primera fase de la Revolución. Ese año se convocó a una junta para unir a los judíos de México, sefarditas, sirios y ashkenazitas, en una sola organización: la Sociedad de Beneficencia Alianza Monte Sinaí, siendo electo presidente un judío austriaco, Jacobo Granat, dueño de una cadena de teatros que había facilitado a Madero para los mítines de campaña. Al triunfo maderista, el presidente correspondió al apoyo de Granat otorgándole el permiso para adquirir un terreno para un cementerio en la ciudad de México, que éste donaría después a la Alianza Monte Sinaí. Así, en 1913, por primera vez en los 392 años de presencia en el país, los judíos establecieron su propio cementerio.


Los grandes cementerios son paradigmáticos, entre otras cosas, por los muertos que albergan. Si en el Valle de los Reyes reposan los faraones y los reyes de Judá en sus respectivas cuevas, en el Père-Lachaise parisino duermen el sueño eterno un variado grupo de celebridades, desde los amantes del siglo XII, Abelardo y Eloísa, el presidente mexicano Porfirio Díaz, Oscar Wilde, Molière, Balzac, Marcel Proust, María Callas, Yves Montand, Simone Signoret y Edith Piaf, hasta la leyenda del rock, Jim Morrison. Monumentos conmemorativos de todas formas y tamaños son testigos de la diversidad cultural de este





cementerio, que desde el principio aceptó a católicos, protestantes y judíos, rompiendo con el monopolio de la Iglesia Católica. Otro de los famosos cementerios de París, el de Montparnasse, alberga también muchas tumbas de artistas e intelectuales, incluyendo las de Charles Baudelaire, Jean Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Julio Cortázar y el músico judío Serge Gainsbourg. En México, el viejo Panteón Francés de la Piedad tiene asimismo varias tumbas de judíos.

Tierra para echar raíces. Cementerios judíos en México, es un libro pulcramente escrito, producto de una profunda y sentida investigación documental, iconográfica y testimonial. Además, bellamente editado, con un cuidadoso diseño gráfico y una excelente impresión, temas

fundamentales cuando uno se aventura en estos menesteres. Destaquemos el aspecto testimonial, uno de los elementos que contribuyen a darle gran valor a la obra y que la hará trascender. Y agradezcamos a Paloma Cung, quien realizó con gran talento la investigación y elaboración de los textos; y a Claudia Nierman, quien coordinó el importante aspecto fotográfico, así como a quienes colaboraron con ellas para hacer posible esta edición. 

Sara Topelson. Mexicana, arquitecta por la Universidad Nacional Autónoma de México. Ha sido docente, dirigente gremial y funcionaria pública. Fue presidenta de la Unión Internacional de Arquitectos – UIA, directora de Arquitectura del Instituto Nacional de Bellas Artes, subsecretaria de Desarrollo Urbano y Ordenación del Territorio de la Secretaría de Desarrollo Social – SEDESOL. Entre sus libros publicados, cabe señalar *Arquitectura más allá de las fronteras* (México, 2006).